vi - da la vi - da del ma

vi - da del mar vi -

Adagio

ENRIQUE CALONGE

Los hombrecitos

FÁBULA CÓMICA EN UN ACTO, DIVIDIDO EN TRES CUADROS Y EN PROSA, ORIGINAL.

MÚSICA DE LOS MAESTROS

SOUTULLO y VERT

Copyright, by Enrique Calonge, 1921

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1921

15

LOS HOMBRECITOS

FÁBULA CÓMICA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN TRES CUADROS, EN PROSA

ORIGINAL DE

ENRIQUE CALONGE

música de los maestros

SOUTULLO y VERT

Estrenada en el TEATRO DE NOVEDADES de Madrid, el día 8 de marzo de 1921

MADRID
R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°
TELÉFONO, M 551
1921

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Representa una escuela de niños en un pueblo de Castilla. En el telón de fondo están pintadas las láminas de la Historia de España, un Mapamundi y cerca de él otro de España del mayor tamaño. En medio de este telón hay puerta grande practicable, que da acceso a la escuela. A la izquierda la mesa del maestro sobre un pequeño estrado o tarima; detrás de la mesa, y pintado, un dosel con un Crucifijo. Los bancos donde están los niños están colocados de derecha a izquierda a partir de la mesa del maestro; los tres primeros bancos, que son los que juegan en la obra, tendrán pupitres) los otros dos o tres que se coloquen a continuación pueden ser sencillos. Entre los bancos de los chicos y la mesa estrado del maestro habrá la conveniente separación. La decoración dará la sensación de que continúa la escuela allá al fondo derecha.

Puerta a la izquierda, que se supone comunica con la Alcaldía.

Antes de alzarse el telón se oyen los murmullos de los muchachos, que estudian en alta voz. Estos murmullos continuarán después de alzarse el telón y en la forma que indica el diálogo.

ESCENA PRIMERA

Los NIÑOS y DON MARCELO

PEP. (Leyendo y cantando la lección.) ¿Quién hizo el mundo? Dios, Diooos. ¿De qué lo hizo? De la nada, de la nada...

REG. (Lo mismo que Pepito.) Madrid, Toledo, *Zudarrial*, Cuenca y *Guadalajarra*...

CIP. (Escribiendo en un papel.) Siete por cuatro, vein-

tiocho... y llevo dos... ¡atiza, un borrón! Y llevo dos...

(Repiten los tres a un tiempo y alguno más que hace coro parte de lo que han dicho. Sigue el murmullo. Pepito, al mismo tiempo que lee y dice su lección, se está subiendo un calcetín. Regino se rasca la cabeza y Cipriano se chupa las yemas de los dedos. Dos niños de los que están sentados en los últimos bancos están cazando moscas. Ramón come un zoquete de pan.)

MAR. (Que ha estado escribieudo trabajosamente en su mesa, observa el murmullo y da un gran palmetazo en la mesa.) ¡Silencio! (Cesa un poco el murmullo, pero aún continúan más bajo.) ¡Silencio! Vamos a ver... Sección primera, a leer... (Saliendo de los bancos. Se colocan en primer término Pepito, Cipriano, Regino y Ramón.) A ver, ¿qué toca hoy de lectura?

REG. Fábulas. (Cada uno coge un libro de manos de Regino.)

MAR. ¡Venga!... Pues empieza tú, Pepito.

PEP. (Se limpia las narices con la manga y empieza a leer, partiendo el verso en la siguiente forma. Leyendo.)

La lechera.

Llevaba en la caca, en la
ca beza, una leche, una
lechera el can, can, el
cántaro al mercado con
aquella. (Se para.)

MAR. Pero, vamos a ver; ¿eres tartamudo?

PEP. No, señor.

MAR. Entonces, ¿por qué ese afán de partir las palabras. Vamos a ver; ¿dónde estabas?

PEP. Con aquella.. (Regino se ríe.)

MAR. Tú, ¿de qué te ríes?

REG. De lo mal que lee éste...

MAR. Pues allá veremos tú, don Séneca; no se debe uno reir de nadie. A ver... continúa tú.

REG. (Sorbiendo por las narices y dando entonación a las últimas vocales. Leyendo.)

Porque no apetecíaaa
más compañía que su pensamientooo
que alegre le ofrecíaaa.
inocentes ideas de contentooo...

MAR. No está mal, pero (Remedándole.) sin acompañamientooo, sin música. A ver tú, Ramón.

RAMÓN (Sin quitar la mano del bolsillo, donde tiene un trozo de pan.)

Del importe logrado
de tanto pollo, mercaré un cochino...
mercaré un cochino.

MAR. Adelante con el cochino.

RAMÓN Con bellota, salvado.
berza y castaña, engordará sin tino,
tanto, que pueda ser que yo consiga
el ver cómo le arrastra la barriga.

MAR. No está mal; pero me parece que te relamías de gusto cuando hablabas de las bellotas y del salvado.

RAMÓN ¡Es que me gustan mucho! (Los niños se ríen.)

MAR. Pero sácate la mano del bolsillo.

RAMÓN No puedo...

MAR. ¿Por qué?

RAMÓN Porque me falta un tirante y se me caen los pantalones.

MAR. A ver... a ver... Dame la mano... A ver esas uñas. (Al darle la mano se le cae el pan,) Pero, hombre; pero, hombre.

PEP. Es que tiene debilidá *celebral* y le han puesto a régimen de pan y bellotas. (Ramón le saca la lengua e intentan reñir.)

MAR. Silencio y al asiento. (Se retiran a sus asientos.)

ESCENA II

DICHOS, RAMONA y DELFIN

NIÑOS ¡Buenas tardes tenga usted!

RAM. (Entra con su hijo Delfín y al brazo una cesta.) Buenas tardes. Buenas tardes tenga usted, señor maestro.

MAR. Hola, Ramona... ¿Qué te trae por aquí?...

RAM. Aquí le traigo a este hijo.... pa que se quede con usted.

RAM. ¡Hombre! Por fin te has decidido... pues ya era hora... Vamos a ver; ¿cuántos años tienes?

DEL. Un, un, un...

RAM. Quié icir que tiene diez años...

MAR. ¡Diez años y sin saber leer!

RAM. ¡Como no tenemos más que éste, sabe usté!

MAR. Pues, por eso debías tenerlo más cuidado... ¿Cómo te llamas?

DEL. U... u... u... u...

RAM. Quié icir que se llama Delfín González Rubio.

MAR. Y qué, ¿tienes muchos deseos de estudiar?

DEL. (Dice que no con la cabeza.) U.. u... u...

RAM. Quié icir...

MAR. Sí; quiere decir que no.

RAM. ¡Huy! Es más salao. Su padre está más hueco con este hijo.... Si le viera usted comer... Nada, hay día que nos sentamos a la mesa los tres... pues se come lo de los cuatro... porque ni al gato deja nada... ¡Angelito mío! Su padre se queda embobao viendo cómo traga a dos carrillos. ¡Huy! Preciosidad... (Le da varios besos.)

DEL, Un, un, un...

RAM. Bueno, señor maestro, pues aquí le dejo este cachito de cielo... Trátemelo usted bien. ¡Ah!... Aquí, en los bolsillos, le he metío unos zoquetitos de pan con unas golosinas, por si siente debilidad... el pobrecito está acostumbrao o comer... a todas horas... y ahora, como tendrá que trabajar tanto de cabeza... tendrá que aprender a leer.

MAR. Y a escribir y a contar.

RAM. Misté, siñor maestro, que vaya poquito a poco... no sea que al chico le siente mal la escretura y la letura.

DEL. (Dice que sí con la cabeza.)

RAM. Con que aprenda a poner su nombre y a leer en imprenta, basta. Y aquí le dejo a usted este modesto obsequio.

MAR. ¡Eh!

RAM. Que aquí le traigo dos docenas de bollos para que se los coma a mi salud y a la de este angelito. Tien huevo y manteca... Cosa especial, ya verá usted. (Coloca la cesta cerca de la mesa.)

MAR. Bueno, mujer, bueno; pero no había necesidad...

RAM. Pues adiós, don Marcelo. Y tráteme usted bien a este hijo.. ¡Ah! Y si ve usted que le dan mareos o se le va la vista con los libros, me lo manda usté pa casa en seguida. Adiós, cielo mío. ¡Huy! Príncipe. (Le besa descaradamente y se va. Los chicos la despiden.)

MAR. Bueno. ¿De manera que tú no sabes leer?
DEL. U, un...
MAR. ¿Ni escribir?
DEL. Un, un.
MAR. ¿Y hablar, rico... príncipe... de tu madre, sabes hablar? A ver, a ver cómo hablas.
DEL. (Suelta el trapo y empieza a berrear.)
MAR. ¡Caray! Cálmate, hombre... anda, anda al asiento. (Le guía hasta uno de los bancos.) Siéntate aquí al ladito de Ramón, que también suele sentir debilidad.

ESCENA III

DICHOS y PIRRACAS EL ALGUACIL

CHICOS (En cuanto ven entrar al alguacil, dicen en alta voz) ¡El tío Pirracas el alguacil!
PIRR. Callarsus... Buenas tardes, señor maestro.
MAR. Hombre, señor alguacil, ¿qué hay?
PIRR. Que si pué usté pasar a la alcaldía.
MAR. Voy. Ten cuidado un momento de estos arrapiezos.
PIRR. Tengo que llevar estos oficios. En cuanto los entregue, volveré.
MAR. (Dirigiéndose a los niños.) Bueno... A ver si hay orden y nadie se mueva de su sitio. Vuelvo en seguida. (Mutis don Marcelo y Pirracas por la izquierda.)

ESCENA IV

Los CHICOS solos

Música

PEP. (Se acerca cauteloso a la puerta y retrocede corriendo. Varios hacen el mismo movimiento.)
Ya no se le ve.
OTRO Se ha marchado ya.
PEP. Solos nos dejó,
tardará más de media hora en volver;
¡qué felicidad!
(Se acercan todos a la puerta, y convencidos de que no vuelve el maestro empiezan a cantar y saltar desordenadamente.)

UNOS — La rá, la rá.
OTROS — Que nos deje el maestro
divertirnos un poco,
que el estudio es tarea
que le vuelve a uno loco.
No hay mayor tormento que estudiar,
ni más tortura que leer;
¡qué aburrimiento conjugar
el verbo estar
o el verbo haber!
¡Ah!

—

PEP. — La sobrina del alcalde
llorando está,
porque el novio que tenía
de aquí se vá.
Y dicen que el tunante
más gorda la dejó,
la dejó, la dejó,
que cuando la cogió.
TODOS (Repiten.)
La sobrina, etc.

—

PEP. — Esperarse,
yo esos bollos oí ponderar.
DEL. (Llorando.) U, u, u, u,
(Coge la cesta y llorando como un becerro.)
PEP. (Le quita la cesta.)
Tú, ¿quieres callarte?
DEL. — La cesta no es vuestra.
PEP. — Si es para evitarte
que lleves la cesta.
DEL. — Trae, trae,
déjala,
u, u, u, u.
(Se agrupan todos glotonamente en torno de Pepito, que abriendo la cesta se dispone a repartir los bollos.)
UNOS — Me darás uno a mí
OTROS — Que yo quiero también.
UNOS — Venga pronto uno aquí.
OTROS — Si lo menos hay cien.
UNOS — Vamos, tú,
OTROS — Venga ya.
UNOS — Ven aquí.
OTROS — Ven acá.
UNOS — Dame a mí.
OTROS — Si no das,
lo diré, ya verás.

PEP. (Hablado.) Bueno, esperarse un poco, ¡caray!, que parecéis concejales. Aquí vamos a chupar todos; pero con finura, como en las *suarés* que dá el deputao

(Bailan todos cómicamente, mientras Pepito les va repartiendo los bollos.)

Poned mucho interés
y gran circunspección:
¿Un dulce, don Andrés?
¿Le sirvo, don Simón?

(Cantando.)

Oiga usté, pollo,
¿le doy otro bollo?,
y si no le importa
le doy una torta
con cuidado,
o me váis a obligar
a tener que cerrar.

UNO (Que está acechando.) ¡Que viene el maestro!,..

PEP. ¡Reconfitería!

(Echan todos a correr, ocupando sus puestos.)

UNO ¡Si no viene! ¡Si era una broma!

PEP. Oye, rico. ¿Por qué no asustas a tu tía Venancia la del pregonero?

TODOS ¡No viene, no viene!

(Vuelven todos a cantar.)

La sobrina, etc.

UNO (Que está de centinela, vuelve a repetir.) ¡Que viene el maestro!

(Vuelven todos, atropellándose unos a otros, a ocupar su sitio.)

Hablado

CIP. ¿Y ahora, qué hacemos?

PEP. ¡Si está con el alcalde! ¡Ah, sí! Anda, tú... tráeme del armario todos los paquetes de yeso que haya... y tú también.

(Cipriano y Ramón hacen medio mutis, volviendo con los paquetes de yeso.)

REG. (A Pepito.) ¿Y vas a llenar la cesta de yeso?

PEP. Claro, hombre. (Va colocando los paquetitos.) Tan ricamente...

UN CHICO ¡Don Marcelo, que sale don Marcelo.

(Precipitadamente vuelven todos los chicos a sus sitios. Pepito deja la cesta y se coloca en el banco. Hipócritamente todos empiezan a estudiar en voz alta, como al principio de la obra.)

PEP. (Alto.) ¿Quién hizo el mundo?... Diooos... ¿De qué lo hizo? De la nada, de la nada...
(Algunos comen a dos carrillos para acabar antes que llegue don Marcelo.)

ESCENA V

DICHOS, DON MARCELO y PIRRACAS

MAR. ¿Ha habido orden?
PEP. Sí, señor, mucho..
MAR. ¿Se ha movido alguien de su asiento?
PEP. Nadie nos habemos movido.
PIRR. (Entrando.) No he podido venir antes, señor maestro.
MAR. Oye, Pirracas, hijo. Me vas a hacer un favor...
PIRR. Usted dirá.
MAR. Mira. Me han regalado esta cesta con unos bollos exquisitos. Hazme el favor de llevárselos de mi parte al señor Luis... ahora tiene forasteros...
PIRR. Unos señoritos de Madrid.
MAR. Justamente; llévaselos para que vean que aquí tenemos también repostería fina...
PIRR. Menuda propina me espera. Pues ahora mismo voy; hasta luego señor maestro, y gracias.
MAR. Adiós, hombre, adiós.

ESCENA VI

DICHOS y PEDRÍN. Niño de doce años; viene vestido de luto y descalzo

MAR. Pasa, hijo, Pedrín, pasa. (Pedrín, se dirige al maestro, le besa la mano y queda llorando silenciosamente a su lado.) Llora, hijo, llora, respeto tu dolor. (A los niños.) Aquí tenéis a vuestro compañero Pedrín, aquí le tenéis de nuevo, después de haber pasado por la amargura más grande de su vida. Hace ocho días faltó a la escuela; su madre, su pobre madre estaba enferma, muy enferma. ¡Dios ha dispuesto de ella! Hoy vuelve de nuevo entre nosotros, huérfano y triste. Si antes le queríamos todos por su aplicación y por su bon-

dad, hoy debemos quererle más porque se ve solo, y ahora más que nunca ha de necesitar de vuestro cariño. (Viendo que todos los niños se ponen tristes y algunos, como Pepito y Ramón, se limpian los ojos.) ¿Qué te pasa, Pepito, y a ti, Ramón? Bien, hijos, bien, esa tristeza vuestra y esas lágrimas, revelan lo que yo sé: sois revoltosos, sois desaplicados, pero hay buen fondo y hay buen corazón. (A Pedrín.) Y ahora tú, a vivir.

PED. Y a rezar...

MAR. Rezar; gran consuelo para los que tienen penas y tienen fe. Pero hay que vivir, Pedrín, hay que seguir adelante; ya me ves a mí, hace años vengo enterrando afectos uno por uno, y tanta prisa se ha dado la tierra en cubrirlos, que ya no me quedan otros que los vuestros. Para mí, todo está aquí, entre estas cuatro paredes donde llevo tantos años; aquí está toda mi vida. Nada espero de nadie.

PED. De nosotros sí, maestro.

MAR. Es verdad, de vosotros sí; mi aspiración es, que cuando llegue un día, que ya no puede tardar mucho, en que yo no venga a veros más, si consideráis que he sido bueno para vosotros, tengáis para mí un recuerdo y una oración. Pero, ¡eal nos estamos entristeciendo todos; hay que vivir, Pedrín, tienes mucho camino por delante y llegarás a ser un hombre.

PED. Con sus consejos y con su apoyo, lo seré.

MAR. Eres bueno y estudioso...

PED. Y pobre, muy pobre; no tengo tierras ni majuelos, como tienen casi todos; pero no me asusta la pobreza, estoy acostumbrado a ella desde muy pequeñito y desde pequeñito estoy hecho al trabajo. Estoy acostumbrado a ver salir el sol desde el monte, cogiendo cargas de leña para venderlas y mantener a mi madre. Nada la ha faltado mientras ha vivido; eso lo sabe usted y lo sabe todo el pueblo. Es para mí una gran satisfacción. Me he sangrado los piés y me he destrozado las manos cogiendo haces y partiendo leña, pero he mantenido a mi madre... ¡Ojalá, tuviera que seguir destrozándome por ella.

MAR. Pedrín, adelante. (Poniéndole la mano en la cabeza.) Tú serás un hombre. Y lo que siento es que es muy poco lo que puedo hacer por ti.

PED. ¿Poco? No diga usted eso. En los días de invierno cuando las nieves no me dejan subir al monte, ¿quién se ha acercado a mi casa a socorrerla? Usted; ¿a quién debo lo que soy? a usted.

MAR. (Fijándose.) ¡Y otra vez andas descalzo!

PED. Las botas que usted me compró, ya se desgobernaron; pero no se apure usted, ya estoy acostumbrado.

MAR. No, eso no puede ser; ahora mismo te compras unos zapatos; anda, dí a Hipólito que te los de por mi cuenta, y si no yo iré...

PED. (Deteniéndole.) No, iré yo más tarde, cuando sea de noche, cuando nadie me vea. Ahora voy allí con mis pequeños a tomarles la lección.

PEP. Oye, Pedrín, ven, ¿quieres un hueso de aceituna?

RAMÓN ¿Quiés un cacho de pan? toma..,

PED. Ahora vendré cen vosotros. (Pedrín hace mutis por detrás de los bancos.)

ESCENA VII

DICHOS y PIRRACAS el alguacil entra por el foro con la cesta rota y la cara muy larga llena de yeso. Se acerca a la mesa

MAR. ¿Qué?

PIRR. Supongo señor maestro, que usted no habrá querido gastarme una bromita.

MAR. ¡Eh! ¿Qué es eso que traes?

PIRR. Pues la cesta...

MAR. ¿Y eso de la cara?

PIRR. Esto, la canela de los bollos.

MAR. ¿Te has caído?

PIRR. Con todo el equipo.

MAR. Pero, explícate, ¿qué ha pasado?

PIRR. Usted me dijo... Pirracas, yo te aprecio y quiero que te ganes una propina...

MAR. Y te la has ganao...

PIRR. Y tanto que me la he ganao, con las diez de últimas y todo... Nada, don Marcelo, que llegué a casa de don Luis y me topé con él

en el portal y le dije: «Don Luis, de parte del señor maestro, que aquí tiene usted unos bollos pa que sepa su familia lo que es canela... Y el que supo lo que es canela fuí yo.

MAR. Pero ..

PIRR. Sí, sí; todo el yeso que usted tenía en la escuela, fué a parar a esta cesta y de esta cesta rebotó a mi cara...

MAR. Entonces... estos... (Por los chicos.) Vamos a ver. (Todos empiezan a estudiar alto y entre todos se oye la voz de Pepito.) ¿Alguno de vosotros ha llegado hasta la cesta?

PEP. (En lo suyo.) No, padre.

REG. (Idem.) Cuenca y Guadalajara.

MAR. Los bollos están aquí...

PEP. Sí, padre... no, padre.

MAR. Sí, hijo... los bollos están en vuestros cuerpos.

PIRR. A buena hora va usted a sacar na en limpio... Déjelo, déjelo... (Amenazando a los chicos.) ya sus pescaré yo luego... Adiós, señor maestro...

MAR. Hijo... dispensa... mi intención era buena...

PIRR. Adiós, adiós. (Observando.) Aquí tié usté una visita... y vaya si es de cumplido... ¡El Mantecas!

ESCENA VIII

DICHOS y el MANTECAS

El Mantecas es un zagalón de unos veinte años; viste traje de pastor, con zamarra, montera, zahones, polainas de cuero; trae manta al hombro; cayada grande y en el brazo derecho un envoltorio. Su aspecto y sus modales y sus gestos son propios de una persona criado en el campo; pero cuando habla con don Marcelo, se observa en él cierta cortedad y un gran respeto. Los chicos de la escuela al verle entrar, se levantan y con gran alborozo dicen

CHICOS ¡El Mantecas! ¡El Mantecas! ¡Buenas tardes tenga usted, señor Mantecas!

MANT. (A los chicos.) ¡Buenas tardes, rapaces! ¡Ja, ja, ja...!

MAR. ¡Hombre! (Fijándose en él.) ¿Eres tú, Emeterio? (Vienen a su encuentro.)

CHICOS Es el Mantecas...

MAR. (Disgustado.) ¡Qué mantecas, ni qué caracoles! Se llama Emeterio... Ese es su nombre.

MANT. Déjelos, usted, mi maestro; yo no me enfado porque me llamen el Mantecas. (Besándole la mano.) ¿Cómo está usté?

MAR. Así vamos, hijo, ¿y tú...?

MANT. Pues ya lo ve, tan bueno y tan fuerte, gracias a Dios. Je, je, je...

MAR. Ya echaba de menos tu visita...

MANT. Es que no he bajado al pueblo hasta hoy... Estoy con las ovejas tóo el día y tóa la noche... Tengo la rede allá, junto a los Carcavones... Si antes hubiá bajao al pueblo antes hubiá venío. ¡Cristo!, que pa mí lo primero es mi maestro. Y en cuanto bajo del monte y me mudo de ropa, ¡a verle a ustél

MAR. Es cierto... Eres de los pocos discípulos agradecidos.

MANT. Eso sí; agradecío. Yo siempre he sido mu bruto, y gracias a Dios lo sigo siendo, ¡la verdad! Pero usted me enseñó a leer lo poco que sé. . y a hacer unos garrapatos, y... vamos, que eso yo no lo olvido. Y si no he aprendido más la culpa la tengo yo... que usté bien se interesaba por mí y me tiraba de las orejas. (Como recordando lo que don Marcelo le decía.) «Meterio... eres muy dócil y un buen chico, pero hijo, eres muy bruto... Mira, esta es la *b* y esta es la *a*..., *be a*, *ba*, *te o*, *to*, *ce a*, *ca*», y yo cá... ni un palote... Qué bruto. ¡Cuántas veces me daba de puñetazos en la cabeza! ¡Pero por qué seré tan bruto...! Pero le tengo a usté mucha ley, ¡Cristo! Siempre que sube Pedrin al monte nos pasamos las horas muertas hablando de usté. Y que nadie falte a mi maestro, porque le perniquiebro la caeza de un estacazo... Bueno; pues ya que le he visto a usté, no quió irme sin dejarle el regalo de costumbre.

MAR. Pero, ¿por qué siempre has de traerme regalo? Si yo te estimo la visita y tu saludo más que todo. Hace poco me trajiste unos quesos, antes una cuajada... otras veces medio cordero...

MANT. Sí, señor; y lo que siento es no poder traer a usté el rebaño entero... Pero no se asuste usté, que esta vez no le traigo a usté ni que-

sos, ni cuajadas, ni cordero... Cá, esta vez le traigo a usté una cosa más bonita... y que me ha costado más trabajo... ¡Vírgen...! Mire, mire usté... Venga, venga usté acá, tenga... (Le da el envoltorio.)

MAR. (Algo asustado.) ¿Qué es esto?

MANT. (Riendo mucho.) Anda; ¿pero no lo ve usté...? Un nido... esto es un nido... (Los chicos alborotándose y queriendo levantarse todos de los bancos.) ¡Un nido! ¡Un nido! (Algunos chicos quedan cerca de Mantecas y don Marcelo.)

MAR. (Con severidad.) ¡Silencio! (Al Mantecas, que está riendo mucho.) Emeterio... ¿Esto es un nido?

MANT. ¿Pero no lo ve usté...? Y con tres pajarillos; mire usté cómo abren la boca... (Se acerca a los pajarillos y los quiere alegrar con los dedos.)

MAR. Emeterio, ¿tú has cogido este nido?

MANT. Sí, señor, yo... y el mérito que tiene es que este nido le he visto hacer y he seguido paso a paso toda su vida; son tres colorines; en cuanto lo ví tan bien hecho me dije: este nido es pa mi maestro... y todos los días me ocultaba detrás de los álamos y, en cuanto no estaba la pájara, gateaba a contemplarlo, hace que lo quiero coger lo menos tres días, pero la indina de la pájara no se separaba de él; por fin, esta mañana estuve acechando y en cuantis ví volar a la pájara, se conoce que iba a la compra, topé álamo arriba y sin hacer ruído, con mucho cuidao, ¡zás!, colorines pa mí, mejor dicho, pa usté.

MAR. (Serio.) Emeterio... ¿tú sabes bien lo que has hecho?

MANT. ¿Yo? Sí, señor...

MAR. No, no lo sabes... Yo te agradezco la intención, pero no acepto el regalo...

MANT. Anda... ¿por qué?

MAR. ¿No te acuerdas de cuando eras pequeñín, que siempre os reprendía cuando íbais a nidos?

MANT. Bueno... pero era porque nos estrozábamos los pantalones.

MAR. Sí, es verdad. Os destrozábais la ropa y podíais destrozaros también el corazón. Sí, Emeterio, sí... Estos tres pajarillos tienen derecho a la vida y tienen derecho a su madre...

MANT. ¡Ah! ¿Pero tienen madre...?

MAR. Claro, hombre... la pájara que tú viste salir a la compra... Ahora volverá a su nido. ¿Y tú no has pensado qué hará cuando se encuentre sin hijos y sin casa...?

MANT. No, yo no he pensao eso... yo no he hecho más que traer el nido...

MAR. Pues toma... toma. Vuelve este nido a su sitio. Corre mucho. (Le da el envoltorio.) Corre, a ver si llegas antes que la pájara... ¿Comprendes...?

MANT. Sí, señor... comprendido. Correré, gatearé por el árbol y colocaré este nido donde estaba.

MAR. Y luego... vuelve.

MANT. ¿Pa qué?

MAR. Para que yo te dé un abrazo.

MANT. Entonces, vuelvo en seguida. (Mutis rápido por el foro.)

PEP. ¡Anda, y se lleva el nido!

ESCENA IX

DICHOS y PEDRIN. Luego PIRRACAS.

PED. (Acercándose a la mesa de don Marcelo.) Ya he terminado con los pequeños. ¿Quiere usted que hagamos la lista?

MAR. Vamos.

PIRR. (Saliendo por la derecha.) Señor maestro. Los señores de la Junta local le esperan en la Alcaldía.

MAR. (Sorprendido.) ¿Eh?

PIRR. Sí, sí, que pase usted un momento; me parece que va usted a tener visita de inspección.

MAR. Vamos allá. (Don Marcelo y Pirracas hacen mutis por la izquierda y Pedrín se queda escuchando y vuelve a escena llamando a los chicos de los primeros bancos.)

PED. Venid acá los mayorcitos. (Salen de sus asientos y rodean a Pedrín, Pepito, Regino, Cipriano, Ramón y Delfín.) ¿Habéis oído? Vamos a tener otra visita de la Junta local. Nos van a examinar.

PEP. ¿Y eso te apura? Pues les contestamos lo que se nos ocurra, como la otra vez. Como no vendrán ni el médico ni el cura, los que quedan son una piara de vencejos. No te

apures, Pedrín, no te apures; en comparanza con esos vencejos semos tóos muy listos, ya verás, unos hachuelas.

PED. De todas formas, oíd; cuando venga la Junta os colocarán como siempre, aquí, frente a la mesa; yo me esconderé entre los bancos y os apuntaré; de manera que mucho oído. Ya estaré yo al cuidado. Pero me sorprende tanta visita seguida; esa gente es muy mala, y como don Marcelo no ha querido nunca meterse en política, no sé, tengo miedo.

RAMÓN (Con mucho misterio.) Oye, Pedrín, si me dejas comer este cacho de pan y no me señalas lección para mañana, te digo una cosa que le he oído a mi padre.

PED. Concedido.

RAMÓN Pues que van a ver si echan al maestro, pa traer a otro que es pariente de don Pedro.

PEP. Eso, eso yo también lo he oído.

CIP. REG. DEL. Y yo, y yo.

PED. ¡Psch! ¡Que viene don Marcelo! (Todos ocupan sus asientos.)

ESCENA X

DICHOS, DON MARCELO y la JUNTA LOCAL. Compuesta de los señores CÁNDIDO, MACARIO, NEMESIO y PIRRACAS. Visten todos con capa larga y sombreros paveros. Los niños saludan de pié.

CHICOS ¡Buenas tardes tenga usted!

(El señor Cándido, que se sienta en la mesa del maestro. Pirracas, que coloca sillas alrededor de la mesa donde se sientan Macario y Nemesio.)

CÁN. (Desde su presidencia, con cierta solemnidad.) Señor maestro, los señores que componemos la ilustrá y culta Junta local de este pueblo, *venemos* a hacerle a usté el honor de presentarnos en la escuela, en vesita de inspección.

MAC. NEM. ¡Bravo! ¡Muy bien!

CÁN. Considerando que la enseñanza es muy útil pa aprender, y que por la enseñanza nos diferenciamos de las bestias, burros, caballos, mulos, como vosotros... sabéis...

MAC. ¡Bravo!

NEM. ¡Qué bestia hablando!

CÁN. Es por lo que yo... primera autoridad de este pueblo, en nombre del pueblo, digo que tó Cristo debe venir a la escuela. (Murmullos de aprobación en los miembros de la Junta.) Pero no como vienen estos mocosos, estos gandules, estos borricos (Murmullos de desagrado entre los chicos.), a pasar el tiempo, a cazar moscas, a chuparse los dedos mojaos en tinta y, finalmente, a no aprender nada. (Don Marcelo quiere hablar.) He dicho... Mientras esta Junta ilustrá y culta, desamina e inspeciona los trabajos de estos mocosos, puede el señor maestro hacer lo que quiera, menos preguntar a los chicos ni hablar una palabra; eso lo haremos nosotros, que pa eso semos nosotros.

NEM. ¡Muy bien!

MAR. Pues yo, señores... Ustedes dirán; si mi presencia ha de cohibirles, con la venia de ustedes me retiro...

CÁN. Aquella es la puerta. (Mutis, don Marcelo por el foro.)

ESCENA XI

Los señores de la JUNTA y los NIÑOS.

CÁN. Vamos a ver, Nemesio, tú que lees mejor, pasa lista.

NEM. (Cogiendo un papel, se levanta y lee muy trabajosamente.) Don Mete, don Eme, don Meterio, Es Es Coba. (Mirando a ver si contestan.)

CÁN. (A los chicos.) Vamos, conteste, don Meterio.

CHICO Yo no me llamo así.

NEM. ¿Pues cómo te llamas?

CHICO Emeterio Escobar.

CÁN. Y qué más da Meterio que Emeterio. Sigue, Nemesio, que lo haces muy bien. (Al chico.) Se contesta servidor de usted.

PEP. Servidor de usted; pero sin escoba.

CÁN. Usted, se calla... Sigue.

NEM. (Leyendo.) Don Cili, don Cele, don Cilidonio...

CHICOS ¡No sabe leer! ¡No sabe leer!

CÁN. ¡Silencio! Callarsus... Vamos a ver, tú, deja

de pasar lista... Se ve que están todos. De los que hay no falta nadie. A ver la escretura... Tú (A Pepito.) Venga la plana. (Sale Pepito y le entrega la plana.)

CÁN. (Cogiéndola y examinándola del revés.) Esto está muy torcío, muy torcío... no me gusta...

PEP. (Fijándose.) Pero si la ha cogido usté al revés.

CÁN. Ah, sí...

PEP. Claro... dele usted la vuelta... así...

CÁN. Así, tampoco me gusta. (Se la devuelve.) Toma.

PEP. (Aparte.) Que más quisiera usted que escribir como yo.

CÁN. ¿Qué dice ese?

PEP. Nada. (Aparte.) Si no fueras Alcalde, ya te daría yo planitas.

CÁN. Tú, Macario, haz unas preguntas sobre *jografía,* historia, o lo que quieras. ¡Arrea!

MAC. Vamos a ver... Tú mismo, Pepito, ¿qué río importante riega este pueblo?...

PEP. En este pueblo no hay río... Con permiso del señor Alcalde; es una charca.

MAC. Quise decir en la provincia...

PEP. El río más importante de esta provincia, es el...

PED. (El Duero.)

PEP. Es el Duero.

MAC. ¿Y dónde nace?

PEP. Nació hace muchos años, si es muy viejo.

CÁN. Conteste usté al señor vocal en regla.

PED. (Apuntando.) En los Picos de Urbión, provincia de Soria.

PEP. En los Picos de Urbión, provincia de So... So... ria...

PED. (Sigue apuntando.) Riega esta provincia, la de Burgos, Valladolid, Zamora...

PEP. Riega esta provincia, la de Burgos, la de Burgos, la de (A Pedrín.) Apunta más alto. (Pedrín apunta y Pepito no oye.) La de El Escorial, Las Navas del Marqués y Torrelodones...

MAC. Pero hombre, ¿desde Burgos al Escorial?

PEP. Total, cinco horas de tren...

MAC. Continúa, ¿dónde estábamos?...

PEP. En El Escorial.

MAC. Estábamos en Burgos...

PEP. Pues vamos a Burgos; por mí no haya disgustos.

PED. (Se acerca y apunta.) Riega las provincias de Burgos...

PEP. (Aparte.) Ya hemos pasao de Burgos. Riega la provincia de Burgos, Valladolid. (Sigue Pedrín apuntando.)

PED. Zamora, se interna en Portugal y desagua en Oporto.

PEP. Zamora, se interna en Portugal y hace aguas en Oporto.

CÁN. El libro dice desagua.

PEP. Es igual... la cosa es que el agua del Duero, va a caer al mar en Oporto. (Se acerca un pequeño a la mesa y pide salir con la mano extendida.)

CÁN. ¿Tú, qué quieres?

PEP. Ir a Oporto, como el Duero...

CÁN. Vete con Dios. (Sale el chico.) Tú, Nemesio, ¿no quieres hacer unas preguntas? (Nemesio dice que no con la cabeza.) Bueno, esto se remató... Tú (Al Pirracas.), despacha a los chicos...

PIRR. (A los chicos.) Hospa, pa casa...

PEP. ¿No esperamos a don Marcelo?

CÁN. No se espera a nadie; largo, largo a casa y mañana no hay escuela. (Todos los chicos, con gran alborozo, salen precipitadamente por el foro, diciendo.)

CHICOS ¡Usted lo pase bien!

CÁN. Pedrín, tú quédate.

MAC. ¿No levantamos actas?

CÁN. Pa eso digo a Pedrín que se quede; nosotros, de letra andamos malamente. (A Pedrín.) Anda tú, súbete ahí y escribe. (Pedrín se sube al estrado.) Y procura hacer buena letra, que es pa el Gobernador. (Los tres señores de la Junta, se colocan en el centro de la escena.)

PED. (Cogiendo papel y pluma.) Cuando usted quiera, señor Alcalde.

CÁN. (Después de haber cambiado algunas palabras con los otros señores de la Junta.) Escribe: Reunidos en la escuela de este pueblo, los señores de la Junta local...

PED. Junta local...

CÁN. Habiendo observado que continúa el abandono de que ya dimos cuenta en el otro oficio...

NEM (Observando que Pedrín ha dejado de escribir.) ¿Pero, no oyes?

PED. Sí oigo, sí; pero yo no escribo esto, porque

esto no es verdad, y lo que ustedes pretenden es una mala acción.

CÁN. ¡Cómo!...

PED. Sí, señor. Usted quiere demostrar que don Marcelo está inútil, pa echarlo de aquí, y colocar en su puesto a un pariente del cacique.

CÁN. Mira, niño, escribe y calla y te ganarás dos duros pa unos zapatos.

PED. Aunque me dé usted dos mil; (Bajando del estrado.) lo dicho, ya no cojo la pluma.

CÁN. O escribes ese oficio o vas al calabozo.

MAR. (Entrando por el foro.) No hay necesidad, señores, si todo lo que hay que hacer es escribir un oficio al Gobernador, yo lo escribiré. (Se sube a la mesa.)

CÁN. ¿No le temblará a usted el pulso?

MAR. Tal vez no... Señor Alcalde, dicte usted.

ESCENA ULTIMA

DICHOS y el MANTECAS

MANT. Mu buenas.

CÁN. ¿A qué vienes tú aquí, Mantecas?

MANT. Señor Alcalde, vengo a que mi maestro me pague una deuda. Me debe un abrazo.

MAR. ¿Dejaste el nido en su sitio?

MANT. Sí; llegué antes que la pájara. ¡Qué peso se me ha quitado de encima!

MAR. (Abrazando al Mantecas.) Lo creo, hijo, lo creo. Cuando se hace una buena acción, la conciencia se ensancha, se respira fuerte, muy fuerte y no le tiembla a uno el pulso...

CÁN. (Al Mantecas.) ¿Quieres tú mucho al maestro, Mantecas?

MANT. ¡Amanta! Tanto, que tengo jurao que al que tropiece a don Marcelo, el que intente hacerle daño, tiene pena de la vida.

PED. Y yo te empujo.

CÁN. ¿Sí? Escriba usted, señor maestro.

MAR. (Desde el estrado.) Dicte usted. señor Alcalde. (Telón.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Estribaciones de un monte; majada de pastores; en primer término derecha, una cabaña practicable. Telón al fondo, en el que aparece el campo algo montañoso con algunas redes de ovejas Es el amanecer; se oye el cencerreo de las ovejas; algunos ladridos de perros y silbidos de los pastores. A la entrada de la cabaña, están durmiendo Mantecas y el pastor Tiburcio.

ESCENA PRIMERA

PEDRIN y los de la cabaña

PED. (Entra por la izquierda, se acerca a la cabaña y trata de despertar al Mantecas.) ¡Mantecas!... ¡Mantecas!... Nada... (El Mantecas ronca con estrépito.) Man... releñe y cómo sopla... ¡Mantecas!... Nada, está rendido... (Le contempla un poco.) Durmiendo con todo el cuerpo... Le dejaremos descansar... Bien lo tiene ganao... ¡Ea, Pedrín! arriba, al monte... a la tarea, antes de que salga el sol... (Empieza a subir al monte por la derecha; desde el último término mirando a la cabaña.) ¡Duerme, Mantecas, duerme! (Mutis.)

ESCENA II

El MANTECAS y el TIBURCIO

MANT. (Después de dar un gran ronquido, se incorpora.) ¡Eh!... juraría que me han llamao... yo he sentía un ruído. (Observando al zagal, que también se trae lo suyo roncando.) Claro que he sentío un ruído y lo siento... Oye, tú... Vamos... ¡rediez como *suerbes!* ¡Duro, duro!... ¡Vamos, Tiburcio!...

TIB. Ya voy, Celedonia.

MANT. Anda, la Celedonia. Me ha tomao por su señora esposa...

TIB. (Mimoso.) ¡Celedonia... Celedonia!... (Buscándola con las manos. El Mantecas, retrocede del sitio donde está sentado.)

MANT. Re... canastos, tú... Este se cree que es sá-

bado y que duerme en su casa. ¡Vamos, anda! (Le zarandea.)

TIB. (Incorporándose, estirándose y limpiándose los ojos.) ¡Ah!... ¡eres tú!... (Se levantan.)

MANT. (Observando hacia el campo.) Mira aquélla, mira aquélla... ¡Eh!... (Dando un silbido.)

TIB. ¿Qué pasa?

MANT. ¡Ganao más malo!... No sé que habrá ocurrido esta noche, que no se han estao quietos.

TIB. ¿Preparo el almuerzo?

MANT. Bueno.

ESCENA III

El MANTECAS, TIBURCIO y CIRILO

CIR. ¡Man, Mantecas..., Tiburcio...! ¡Ay, Dios!

MANT. ¡Eh!... ¿Qué pasa?...

CIR. Man, Mantecas, ya, ya, ya está ahí...

MANT. ¿Quién?

CIR. El pepe... el pe... el perro.

MANT. ¿Pero qué perro?

TIB. (Echándoselas de valiente.) ¡Anda, pues no vienes tú sofocao ni ná...

CIR. (Sigue temblando.) El pepe... está ahí el perro ra, ra... rabioso en la mama... en la majada...

TIB. (Muy asustado.) ¡Ay, madre!, ¡ay, Virgen!, el pepe... el rara... rabioso. (Empieza a hacer coro con Cirilo, temblando.)

MANT. ¡Eh!... ¿pero qué es eso? Vaya unos pastores. ¡Ni vosotros sois pastores, ni zagales, ni hombres... ¿Dónde está el perro rabioso? (Intenta marchar y le detiene Cirilo.)

CIR. No, Man, Mantecas; no salgas que te mu... que te muerde.

MANT. Eh... tú, Tiburcio. ¡Vaya un baile que te traes! Cualquiera dirá que dambos a dos sois capaces de partirle el corazón a un hombre. ¿A ti quién te ha dicho que el perro ha entrado en la majada?

CIR. Los perros nuestros, que en cuantis lo han olido se han venido corriendo a las cabañas y no salen de junto a nosotros. Lo han olfateao. (Se oyen silbidos y ladridos de perros. Temblando.) ¡Ay, ay!

TIB. No tiembles... Ci... Ci... Cirilo... (Temblando él también.) que me pones nervioso.

MANT. ¿Pero queréis estaros quietos? Aquí no entra el perro...

CIR. ¿Y si entra?

MANT. Si entra, no sale vivo... Eso es cuenta mía.

CIR. (Escuchando.) Ahora no se oye nada... ¿Se habrá corrido al monte?... ¡Pobre Pedrín!

MANT. (Con viveza.) ¿Eh, qué dices de Pedrín?...

CIR. Que subió al monte esta madrugá... y allí estará...

MANT. ¡Maldita sea! ¿Por qué no lo has dicho antes? (Sale corriendo.)

TIB. (Quiere detenerlo.) ¿Pero, a dónde vas?

MANT. (Rechazándole bruscamente, corre hacia el monte gritando.) ¡Pedrín!... ¡Pedrín!... (Mutis.)

ESCENA IV

TIBURCIO y CIRILO

Ambos quedan con la boca abierta y muy asustados, viendo trepar al Mantecas

TIB. ¡Pobre Mantecas, no vuelve!...

CIR. Lo malo es si el perro le muerde al Mantecas, y como tú estás cerca de él, el Mantecas te muerde a tí; tu muerdes a tu mujer y ya está too el pueblo rabioso, porque tu mujer no necesita ná pa morder

TIB. (Mirando al monte.) No vuelve... ¿y qué hacemos?

CIR. Eso digo yo, ¿qué hacemos ahora?

TIB. Mira... ¿quiés que hagamos una barbaridad?

CIR. ¿Cuala?

TIB. ¡Rezar!...

CIR. ¡Hala, a rezar!

TIB. Lo malo es... que yo no sé rezar... Pero, pues escomencipiar tú, que yo te seguiré.

CIR. (Rezando) Creo en Dios Padre...

TIB. Y yo también...

CIR. (Rezando de seguido.) Creo en Dios Padre, en Dios Hijo y en el otro...

TIB. Yo creo en todo lo que éste crea... Ora pronobis... Tú, sigue...

CIR. Kirieleysón...

ESCENA V

DICHOS y el SEÑOR CANDIDO que viste traje de campo con escopeta y canana de cartuchos

CÁN. (Da un silbido.) ¡Eh... Mantecas! (Los dos pastores sin volver la cabeza.)

CIR. ¡Ay, ay, ay! (Muy asustados.)

CÁN. (Fijándose en los dos.) ¿Pero qué hacéis vosotros ahí? Levantaros.

TIB. Si es comodidad.

CÁN. He dicho que os levantéis... Tú, (A Tiburcio.) llama a tu pastor. (Se oyen grandes murmullos y voces de.) ¡Viva! ¡Viva!

CÁN. ¡Eh! ¿Qué es eso?

ESCENA VI

DICHOS, el MANTECAS, PEDRÍN y tres o cuatro PASTORES y algún ZAGAL. Uno de los pastores trae el haz de leña de Pedrín

CÁN. ¿Pero qué es esto?

PED. (Saltando a los brazos del Mantecas.) ¡Ah!... ¿Usted aquí, señor Alcalde?... Me alegro...

CÁN. ¿Qué pasa?

PED. Pasa... que este hombre, (Por el Mantecas.) acaba de realizar una hazaña digna de ser conocida y pregonada.

MANT. Diga usté que total no ha sío na...

PED. Diga usté que mucho... Ha matado al perro rabioso.

PASTORES Ya lo creo. (Hacen signos afirmativos.)

CÁN. ¿Pero tú llegaste a ver al perro?

PED. ¿Qué si le he visto? Y le he sentido aquí, en mi corazón... Había yo recogido como dos cargas de leña y decidí regresar a casa. Me eché al hombro ese haz y bajaba yo tranquilamente. En esto oígo unos silbidos y unas voces muy fuertes y muy continuadas... me paré y estuve escuchando... Nada. De repente cesan los ladridos y cesan las voces y no se oye nada, nada. Al avanzar para ganar un regato, sentí a mis espaldas un ruído extraño, un ruído, como el de ho-

jas secas que se pisotean; el ruído, despacito, despacito va avanzando hacia mí; los chaparros se mueven; las hojas de los helechos también, vuelvo la cabeza y... ¡Virgen de mi corazón! ¡qué miedo, qué espanto! Me quedé inmóvil, con el haz de leña encima de mis hombros y los ojos fijos en otros ojos, que como áscuas encendidas buscaban los míos.

CÁN. ¿Era el perro?

PED. Sí, el perro, que al andar hacia mí, gazapeaba buscándome. Yo ni supe, ni pude, ni quise huír; pegado al suelo, inmóvil, esperé la acometida... Cuando me vió tan cerca y tan seguro dió un salto. ¡Pedrín quieto! ¡No te muevas, Pedrín!... Oígo como si la voz saliera de las entrañas del monte; era éste, que gateando por un matorral se colocó de un salto detrás del perro, ¿usté ha visto caer al suelo y romperse un cántaro lleno de agua?... Pues así sonó el estacazo que arreó éste en mitá de las ancas del animal... ¡guá! hizo y se desplomó por el suelo... «Pedrín, Pedrín, decía este hombre gozoso; este ladrón no te muerde ya... ¡Ven, baja!... Y yo quieto, yo mudo. «¿Pero no oyes, Pedrín? Baja sin miedo... ya está muerto, míralo, ven...» Y nada quieto. Hasta que por fin, este un poco intranquilo, vino a mí, me cogió en brazos, y yo entonces le abracé y le besé... y este, este se echó a llorar...

CÁN. ¿Y por qué llorabas?

MANT. ¡Qué se yo!... Como a mí no me han besado nunca; pues misté que ca vez que me acuerdo de la escena y de los besos de este, me entra un hipo... ¡misté que besarme a mí con esta cara! (Llora estrepitósamente. Los demás pastores, también quieren llorar.)

CÁN. Bueno, bueno; eso ya pasó. Te felicito por tu hazaña... Eres un valiente. (Le da la mano.) ¿Dónde dejaste el perro?

MANT. Ahí, en un barranco.

CÁN. Bien... El Ayuntamiento te otorgará un premio.

MANT. Yo no quió ná.. y menos del Ayuntamiento...

CÁN. De eso ya hablaremos. (A los demás pastores.) Vosotros podéis continuar tranquilos en

vuestras redes; necesito que me dejéis solo con el Mantecas.

(Los pastores se despiden del Mantecas al que felicitan, y hacen mutis hacia el foro.)

PED. (Al Mantecas.) Este viene a comprarte... (Cargándose el haz de leña.) Adiós, señor Cándido Y a ti, (Por el Mantecas.) no te digo nada... te debo la vida... Ahí va mi mano que aunque es pequeñita la empuja un corazón fuerte y agradecido... Y no te beso otra vez para que no llores, que te pones muy feo...

MANT. Adiós, Pedrín... y ya sabes dónde hay una estaca a tu disposición. (Hace mutis Pedrín.)

ESCENA VII

SEÑOR CÁNDIDO y el MANTECAS

CÁN. ¿Te has calmao ya?

MANT. ¡Bah!... estos son gajes del oficio; puede usted tomar el pulso... Y usted, ¿qué trae por aquí, señor Alcalde?

CÁN. Pues ná; que madrugué un poco; me eché la escopeta encima y me dije... Voy hasta las majadas a matar un par de horas y de paso lo que salga por el camino... y a echar un párrafo con el Mantecas... Como no hay costumbre de verte tan a menudo en el pueblo y ya llevas unas noches bajando allí...

MANT. Es que voy de ronda... ¿o es que yo no puedo rondar?

CÁN. Mira, Mantecas; yo te aprecio bien y quiero que lleguemos a un acuerdo... Ahora no te habla el Alcalde, viene a verte el amigo... Tú bajas al pueblo de ronda, sí; pero no vas a rondar a *una*... vas a rondar a *uno*...

MANT. No ha acertao usté, más que en la metá... porque voy a rondar a dos.

CÁN. El uno es don Pedro.

MANT. Y el otro su cuñao.

CÁN. ¿Y para qué los necesitas?

MANT. Eso es cuenta mía.

CÁN. Y mía también. Soy el Alcalde.

MANT. Como usté me ha dicho que ahora sólo hablaba el amigo y no el Alcalde... La verdad... Eso de coger la vara cuando conviene, pues no está bien...

CÁN. Bien o mal; yo lo que quiero saber es si insistes en tu idea.

MANT. Claro que sí... yo no me doy por convencido hasta que mi maestro vuelva a su sitio.

CÁN. Pues eso no puede ser, Mantecas... Las cosas de allá abajo, son más complicás que las de aquí arriba... Allí, no hay más remedio que hacer lo que mande don Pedro...

MANT. Bueno, pero eso ustés, los que viven allá abajo; como yo vivo aquí arriba, no tengo porqué obedecerle...

CÁN. Es que don Pedro, manda abajo, arriba y en todas partes.

MANT. Hasta en usted...

CÁN. Eso es, en mí también. ¿Qué pasa?

MANT. Qué quié usted que le diga, una vara a medias con otro, es muy poca tela... prefiero un buen garrote pa mí solo... es de más autoridad... Mire usté, señor Cándido o señor Alcalde, como usté quiera... no se canse usté, ni le de más vueltas, que yo, aunque bruto, ya sé por dónde va el agua al río y el río a la mar... O mi maestro se vuelve a sentar en el sillón de la escuela hasta que se cumpla su tiempo, o don Pedro, su cuñao y sus alrededores, lo van a pasar mú mal, ¡por caciques! ¿Qué daño les ha hecho don Marcelo?

CÁN. Es que ya es muy viejo...

MANT Razón de más pa que le respeten.

CÁN. Es que don Pedro tiene compromisos... tiene amigos.

MANT. También el maestro los tiene... ¿O es que sólo los ricos pueden tener amigos?

CÁN. No es lo mismo .. los amigos de don Pedro piden, exigen...

MANT. Esa es la diferencia; los ricos pa tener amigos tién que comprarlos... en cambio, nosotros lo semos de balde; pero lo semos de corazón. Y si no quié usté más.. Como estas ovejas son tan malonas... (Iniciando el mutis.)

CÁN. Nada, Mantecas, lo siento.

MANT. Pues adiós, señor Cándido, y ya sabe usté.. Cuando la vara de un alcalde se tuerce hay que apuntalarla con un garrote...

CÁN. ¿Es una amenaza?

MANT. Es... *un reflán*... (Haciendo mutis camino del monte.) ¡Eh! ¡Riaaa...!

ESCENA VIII

CANDIDO y NEMESIO

CÁN. (Al Mantecas.) Eres un valiente... Puedes hasta con los perros rabiosos... Pero el amo es siempre el amo... Ya lo verás, ¡fanchendoso!

NEM. (Saliendo por la izquierda y con cuidado.) ¿Qué ha pasao?

CÁN. Nada... este hombre no cede...

NEM. (Apuntando con su escopeta hacia donde se supone que se dirige el Mantecas.) Mialo... tan fácil como sería ahora quitarlo de enmedio...

CÁN. No, ahora no; ya habrá ocasión.
(Entra PEDRIN y al ver a los dos se esconde entre los matorrales.)

NEM. ¿Entonces?

CÁN. Escucha; este bravo va a seguir acechando a don Pedro; que si lo pilla a mano lo escuartiza, por decontao. Hay que ganarle la partida, y pronto... Esta noche mejor que mañana. Por frente a la casa de don Pedro está la hacina del tío Salao; en cuanto anochezca te colocas allí, y cargas con bala.

NEM. Haré con éste lo que tú hiciste con el Galán. Y luego... don Pedro responderá. ¿No es eso? (Dándose la mano.)

CÁN. Eso es... Y ahora al pueblo... (Como si le escuchara el Mantecas.) ¡Hasta la noche... Mantecas! (Mutis por la izquierda.)

ESCENA IX

PEDRIN y el MANTECAS

PED. (Saliendo de su escondite. Como si hablara con el señor Cándido.) Eso es... Al Mantecas un tiro en la cabeza, como al otro; a don Marcelo en la calle, y vosotros dueños de vida y hacienda. (Crispando los puños, y como si los tuviera delante, empieza a dar puñetazos a la atmósfera.) ¡Canallas! ¡Granujas..!

MANT. Oye, Pedrín... ¿Qué pasa? ¿Hay otro perro rabioso?

PED. Ya lo creo que los hay... pero estos son peores que perros.

MANT. (Bajando a escena.) Pues a estacazos con ellos.

PED. Bueno, te prohibo que te muevas de aquí; estás sentenciado a muerte El señor Cándido no venía sólo; dejó ahí agazapao al señor Nemesio... ¡Canallas! Bueno, ¿tú qué piensas hacer?

MANT. Abrirle la barriga al señor don Pedro.

PED. Eso de la barriga no me gusta...

MANT. Bueno, pues si te es más gustosa la cabeza a mi me da igual...

PED. Hay que emplear otras armas... Hay que vivir con el progreso, querido Mantecas... Cuando el trabajador pide mejoras y no se las dan se declara en huelga, ¿no es eso?

MANT. Eso dicen.

PED. Y si los amos no pueden hacer frente a sus gastos, ¿qué hacen?

MANT. Entonces viene el *locacau*...

PED. Bien... Pues nosotros, los chicos de este pueblo queremos un maestro, ¿no nos lo dan? Nos declaramos en huelga o declaramos el *locacau*... no sé cual de las dos cosas nos corresponde...

MANT. Tratándose de chicos... *locacau*...

PED. Desde que arrojaron de la escuela a don Marcelo yo no he parao... Casa por casa y chico por chico... ya están todos convencidos. Ayer los cité a todos en el palomar del tío Isidoro, y como un solo hombre acudieron al palomar.

MANT. ¿Y qué pasó?

PED. Cuando todos estuvimos juntos abrí la sesión, me concedí la palabra y empecé a hablar... No te puedes imaginar la ovación que me gané cuando dije con voz campanuda: «Compañeros, desde mañana no hay escuela...» «¡Bravo! ¡Que se repita!», dijeron todos.

MANT. Miá qué gracia... Es que si les hablo yo así, con eso solo que los hubiá dicho, me la gano...

PED. No es eso... El acuerdo fué en serio... No asistir a la escuela mientras no repongan a don Marcelo...

MANT. Si ese acuerdo se cumpliera no estaba mal. Pero tú que lees y escribes tanto ya sabes aquel *reflán* que dice: «El que con niños se acuesta... amanece más temprano...»

PED. (Con energía.) No... eso no. Todos, absolutamente todos, con la mano en nuestro pecho, hemos jurado cumplir nuestra palabra como unos hombrecitos y la cumpliremos... (Escuchando.) ¿Oyes? (Un silbido.) Ahí están mis bravos capitanes, Pepito, Ramón, Cipriano. (Llamando.) ¡Eh... por aquí!

ESCENA X

El MANTECAS, PEDRIN, PEPITO, CIPRIANO y RAMON. Estos tres últimos entran en escena demostrando fatiga.

PEP. Hola, Pedrín; hola, Mantecas.

MANT. Descansar un poco... paece que se ha corrío.

PED. ¿Qué pasa?

PEP. Pues ná, que tóo está listo y preparao. Mañana a las once toma posesión el nuevo maestro... Voy a leeros el programa que acabamos de sacar de nuestras cabezas nosotros tres pa ver si lo aprobáis vosotros dos ..

MANT. Veamos.

PEP. (Leyendo.) «A las seis de la mañana se reunirán todos los señores chicos en la Calzadilla; se formarán los servietes y empezará el ataque. Se penetrará en todas las pocilgas, cuadras, gallineros y corrales, y se dará suelta a todas las gallinas, gallos, pollos, pollitos, pollinos, machos, bueyes, mulos y demás vecinos que haya en cada casa y, por último, se soltarán los dos novillos bravos que tié cebando el señor Damián en los corrales de la Paniza, y cuyas llaves obran ya en nuestro poder.

TODOS Muy bien, muy bien.

PEP. (Observando hacia el pueblo.) ¡Callad...!

MANT. ¿Qué pasa?

PEP. Sí, sí, es él. (Sale corriendo.)

ESCENA XII

DICHOS y DON MARCELO

MANT. (Mirando.) Pues si es don Marcelo...

CHICOS (Idem.) Sí, sí, él es.

MANT. ¡Don Marcelo!

MAR. (Entra, seguido de Pedrín, y todos le rodean muy cariñosos.) Sí, don Marcelo, que no quiere abandonar el pueblo sin deciros adiós.

MANT. ¡Cómo...! ¿Se va usté...?

MAR. Ahora mismo, camino adelante...

PED. ¿Y a dónde va usté, maestro?

PEP. Eso digo... ¿a dónde va usté solo y andando?

RAMÓN Y sin merienda, tal vez.

MAR. No os apuréis, mis buenos amiguitos... Aunque el camino que haya de recorrer no es muy corto, aun queda día por delante.

MANT. ¿Y abandona usté el pueblo?

MAR. Es el pueblo el que me abandona a mí... Hasta la modesta casa que habitaba me la quitaron anoche...

MANT. (Indignado.) ¡Son unos lechones! Y todavía, (A Pedrín.) ¿quieres tú que yo no baje esta noche al pueblo? Vaya si bajo y le prendo fuego además; sí, señor... A las barbaridades de los de arriba, hemos de contestar con más barbaridades los de abajo... Ellos emplean la fuerza, nosotros más fuerza; ellos quieren guerra, nosotros guerra y luego exterminio y espanzurramientos...

MAR. No te exaltes, Emeterio, hijo... y vosotros no os apenéis... Hay que sufrir los reveses de la vida. Ya sabéis lo que dice el Evangelio. «Si te pegan en el carrillo izquierdo, pon el derecho.»

MANT. ¿Que si me pegan en el izquierdo ponga el derecho? ¡Cá, hombre!... A mí el que me da en el izquierdo, le doy yo en el izquierdo, en el derecho y en el del medio... Eso debe ser una errata de imprenta del Evangelio... Misté, maestro; yo siempre le he obedecío... su palabra pa mí, sagrada... Pero ahora no le obedezco y me voy...

MAR. (Sujetándole.) ¿Dónde vas?

MANT. Al pueblo.

PED. No le deje usté.

MAR. Quédate aquí con nosotros.

MANT. Con una condición.

MAR. ¿Cuál?

MANT. Que no se vaya usté del pueblo.

TODOS Eso, eso, que no se vaya.

MAR. ¿Y cómo queréis que me quede, si ni aun casa tengo ya?

MANT. Aquí está mi cabaña, pobre para usté, pero

en el inter que llega mañana y vemos lo que pasa, aquí puede usté pasar el día y la noche.

PED. Sí, sí; nosotros, entre todos le cuidaremos a usté; yo me encargo de hacerle a usté la cama.

PEP. Yo haré de doncella.

CIP. Yo de pinche.

RAMÓN Y yo de cocinero.

MANT. Va usté a estar aquí que ni en el mejor hotel... Le voy a arreglar una cama de esas que suben y bajan...

PED. Venga usté, venga usté. Está usté rendido, fatigado...

MAR. Eso sí; llevo unas noches que no descanso... me rinde el cansancio y el sueño.

MANT. Pues lo primero a descansar. Venga usté. (Le rodean todos cariñosamente y le conducen a la cabaña.)

MANT. (A Ramón.) Adelántate tú, Ramón, y di que preparen el ascensor, que viene el maestro.

PED. Ahora, a descansar aquí un poquito. Acomódese usté aquí.

(El Mantecas entra en la cabaña y coloca un saco, una manta y pellejos de oveja.)

MANT. Así... Echese usté aquí.

PED. Ajajá...

MANT. ¿Está usté a gusto?

MAR. Muy bien, hijos, muy bien.

MANT. Estire usté las patas sin reparo.

PED. Serán las piernas.

MANT. Y qué más da; la cuestión es que alargue la pezuña cuanto pueda, pa que pueda dormir mejor... Ahora, yo me siento aquí, (Se sienta.) a su lao; Pedrín, a este otro lao; Pepito, Ramón y Cipriano aquí.) (Se sientan a la entrada de la cabaña, haciendo un círculo.) Y con el fin de que pueda usté enganchar pronto el sueño, Pedrín, que es el más listo de toos y sabe muchas cosas.. le va a contar a usté un cuento.

TODOS Anda, Pedrín, cuenta, cuenta.

MAR. Cuenta, Pedrín, cuenta. (Todos se disponen a oir.)

PED. Pues, señor... Este era un rey que tenía dos hijos... (Quedan todos muy atentos escuchando el cuento, mientras cae el telón lentamente.)

MUTACION

CUADRO TERCERO

La misma decoración qne el primero

ESCENA PRIMERA

SEÑORES CÁNDIDO, NEMESIO, MACARIO y DON PAQUITO. Todos entran por la izquierda y don Paquito calza botines muy claros

CÁN. (Que viene delante.) Este es el edificio; aquí tiene usté su escuela.

PAQ. ¡Oh!... no está mal...

CÁN. Nada, nada, lo que usté necesite no tiene más que decirlo y se le hará nuevo... No faltaba más.

PAQ. He podido observar, señores, que en este pueblo debe haber muchos animales.

NEM. (Aparte a Macario.) Lo dirá por nosotros.

PAQ. Lo digo porque en el trayecto que media de mi nueva casa a esta del Ayuntamiento, me he encontrado aves y cuadrúpedos de todas las especies.

ESCENA II

DICHOS y el PIRRACAS

PIRR. (Entra muy sofocado, temblando, con la faja caída y dando señales de gran espanto.) ¡Ay, señor Alcalde! ¡Ay, señor Ayuntamiento! (En la calle se oyen ruidos, voces, el sonido de unos cencerros.)

CÁN. ¿Qué pasa; qué es eso?

PIRR. ¡Que los han soltao!,..

CÁN. ¿A quién han soltao?

PIRR. A los toros, a los novillos del señor Damián... y ya vienen, que suben por la escalera.

CÁN. Pero, ¿cómo van a subir aquí? Explícate.

PIRR. Que sí, que sí; suben detrás de mí. (El señor Nemesio se sube encima de un banco.) Todos los chicos del pueblo se han revolucionao; han echao mano de todos los animales del pueblo y los novillos me los han soltao a mí...

«Anda con el alguacil, que ya echó el verano», dijeron, y los toros arremetieron. (Se oye ruído.) Ahí están... (Todos tiemblan.)

PAQ. (Temblando un poquito.) Sese... señores... ilustres se, se, señores, yo no me e, yo no me explico esto...

PIRR. Pues sí, señor; esto se explica muy fácil...

PAQ. Pero los niños, ¿cuándo suben los niños?

PIRR. ¡Los niños! Sí, sí... ya, ya...

PAQ. ¿Qué dice?

PIRR. Que ya, ya suben... en pasando un rato, pero un rato largo.

VOCES ¡Ay, ay, ay, ay! ¡Huy, huy, huy!.... (Gran algazara.)

PIRR. Los toros... esos son los toros... Ya empezó la corrida... (Se oyen algunos silbidos.)

CÁN. (Disgustado.) ¿Pero qué es esto? ¡A ver!... (Se asoma por las rendijas de la ventana.) ¡Qué barbaridad (Abriendo la ventana de par en par.) A ver, ¡niños revoltosos! ¡Niños mal educados! ¡Mocosos!

VOCES ¡Fuera! ¡Fuera! (Empiezan a caer por la ventana piedras, patatas... Ruido de cristales que se quiebran; gran escándalo.)

PIRR. (Asomándose.) ¡Anda, ahora se han unido las mujeres a los chicos!... ¡El Mantecas viene con un garrote al frente de todos los pastores del pueblo.

VOCES ¡Que se vayan!

UNA VOZ ¡Viva don Marcelo!

TODOS ¡Vivaaa!...

PAQ. ¿A quién vitorean?

PIRR. A la República?

PAQ. ¿Y la fuerza pública?

CÁN. El caso es que despedí la guardia y ahora resulta que la única fuerza pública que hay aquí es ésta. (Por el Pirracas.)

PIRR. Sí; pero esta fuerza pública tiene muy poca fuerza.

PAQ. Creo lo más acertado que suba una comisión... a ver qué quieren.

TODOS Eso, eso.

CÁN. Muy bien; pues anda tú, Pirracas, di que nombren una comisión y que suban aquí.

PIRR. (Con miedo.) Señor Alcalde, que se expone usté a que yo me exponga y el pueblo se quede sin fuerza pública.

CÁN. Pero, ¿tienes miedo?

PIRR. Es que no tiran confites, ¡caray! (Cae una piedra.) Que esto es una piedra... dum, dum.

CÁN. Anda, baja.

PAQ. Y para que vean que va usté en son de paz, agite un pañuelo blanco...

PIRR. (Sacando un pañuelo verde.) Si saco este mío van a soltar más ganao.

PAQ. (Le da el suyo.) Tenga usté éste..

PIRR. (Le coge.) Mú chico es. ¿No habría por ahí una sábana?...

CÁN. Atale al palo para que lo vean mejor...

PIRR. (Ata el pañuelo al palo.) Bueno, señor Alcalde... por si no nos volvemos a ver... que me eche usté una mano a la parienta. ¡Ah!... y que me digan misas.

CÁN. Anda, anda. (Mutis el Pirracas agitando el pañuelo. Observando.) La verdad es que está imponente la plaza.

NEM. A ver, a ver. (Se asoma.) Chico... ni en día de elecciones... ¡Qué escándalo! Aquí sube la comisión...

CÁN. Bueno, pues cada uno a su puesto...
(Ocupa la presidencia y los demás señores de la Junta se sientan a su lado.)

ESCENA III

DICHOS, el MANTECAS, PEDRIN y PEPITO

PIRR. Aquí está el *sorviet.*

CÁN. ¡Adelante!

MANT. ¡Buenos días!

CÁN. Muy buenos. (Se levantan.)

MANT. ¿Están ustedes bien, y la familia también?... Por nosotros puén ustés sentarse si quieren. Sentarsus vosotros. Pido la palabra.

CÁN. (Sentándose él y los de la Junta. Don Paquito algo extrañado mira a unos y a otros.) Tiene la palabra el Mantecas.

MANT. Yo tengo muy pocas palabras, pero no harán falta muchas más ante los hechos. Ahí en la plaza está tóo el pueblo.

CÁN. ¿Y qué pide el pueblo?

MANT. Pues pide lo que sabe el señor Alcalde; que el verdadero maestro de este pueblo, vuelva a ocupar ese sillón. Ná más.

PED. Y yo, en representación de todos los niños, declaro que no volveremos a la escuela mientras no vuelva nuestro maestro.

PEP. Ni estudiaremos una palabra y nos dedicaremos a perfeccionar el papel de burro que con tanto éxito hemos empezado hoy.

VOCES (En la plaza.) ¡Viva don Marcelo! ¡Viva!...

PAQ. ¿Oye usté, señor Alcalde?... Esa es la voz del pueblo.

VOCES ¡Abajo los caciques! ¡Abajo!

MANT. Pues esa es otra voz. Y me parece que aquí va a haber más que voces. (Amenazando.)

NEM. ¿Qué hacemos, Cándido?

CÁN. Mantener nuestro acuerdo. ¿No opina usté lo mismo, don Paquito?

PAQ. Yo, señores, he venido aquí requerido por la Junta local, pero vista la actitud de esos niños, de los que no son niños y de gran parte del pueblo, desde este momento renuncio a la escuela.

MANT. ¡Bravo! Señor alguacil, que suban un refresco al señorito de los calcetines caídos. (Por los botines.)

CÁN. Reflexione usté.

PAQ. Ya he reflexionado. El rasgo de estos niños defendiendo como hombrecitos los derechos de su viejo maestro, me ha conmovido y me señala mi camino.

CÁN. ¿Y el principio de autoridad?

PAQ. No hay autoridad donde no hay razón.

MANT. Muy bien. (A Pepito.) Habla bien el de la tirilla.

PAQ. (Asomándose a la ventana.) Mire usted, mire usted los niños rodeando al maestro, empujándole con sus manecitas para que vuelva a su escuela. Señor Alcalde, señores de la Junta, salgamos de aquí; yo que soy el más inocente en esta trama, me sonrojaría de vergüenza al verme cara a cara con ese anciano. Salgamos. (Señala con la mano la puerta que comunica con el Ayuntamiento.)

CÁN. Pero, ¿y don Pedro?

PAQ. Eso es cuenta mía. Salgamos. (Hacen mutis los cuatro.)

MANT. (Asomándose a la ventana.) ¡Arriba, valientes!... (A Pepito y Pedrín.) ¡Salir a su encuentro!... (Pepito y Pedrín salen al encuentro de don Marcelo.)

ESCENA IV

DON MARCELO, todos los NIÑOS, etc. Los Niños entran de la mano de don Marcelo, uno de ellos le tira del gabán, empujándole hacia dentro

MANT. ¡Adelante! El campo es nuestro, el enemigo huye, ya está usté en su escuela.

PED. Vosotros a vuestros puestos. (Los niños se van colocando en sus bancos.)

MANT. Y yo al mío, con mis ovejas con mis pastores, con mis corderos. (Se acerca a don Marcelo, le estrecha la mano y se la besa.) ¡Adiós, mi maestro!

MAR. ¡Adiós, hijo!

MANT. (A los chicos.) Quedarsus con Dios, rapaces, y conste que tóos *seis* unos hombrecitos.

PED. (Abrazando al Mantecas.) Hasta luego, Mantecas.

MANT. ¡Ea!... (Queriendo salir y no salir, besa la mano al maestro y hace un mutis rápido.) ¡Adiós! (Telón.)

FIN DE LA OBRA

OBRAS DE ENRIQUE CALONGE

Aquí todos somos buenos. (Comedia.)

La paloma del barrio. (Sainete.)

El cofrade Matías. (Sainete.)

Don Juanito y su escudero. (Sainete.)

La Pitusilla. (Sainete.)

Los hombrecitos. (Fábula cómica.)

3 0112 117468204